

Nº 25. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*. 12 Septiembre 1925.

LOS GRANDES CUADROS DE
LOS MUSEOS ESPAÑOLES.

"El Condesito." Cuadro de
Fortuny en el Museo de la
Ciudadela. (Barcelona).



La Catedral de Palma de Mallorca.



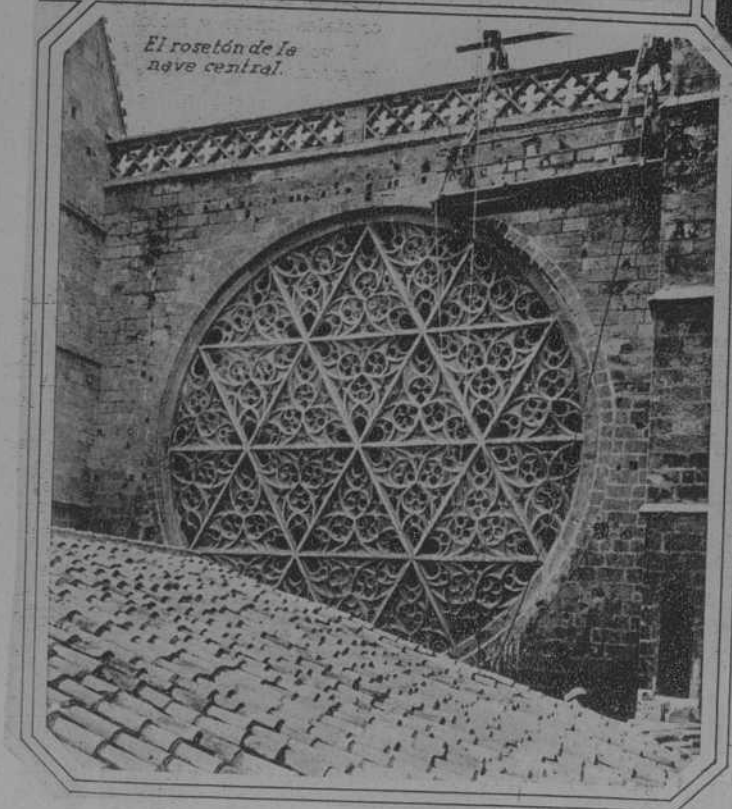
Puerta del mirador.



La catedral, desde el puerto.



Interior de la catedral.



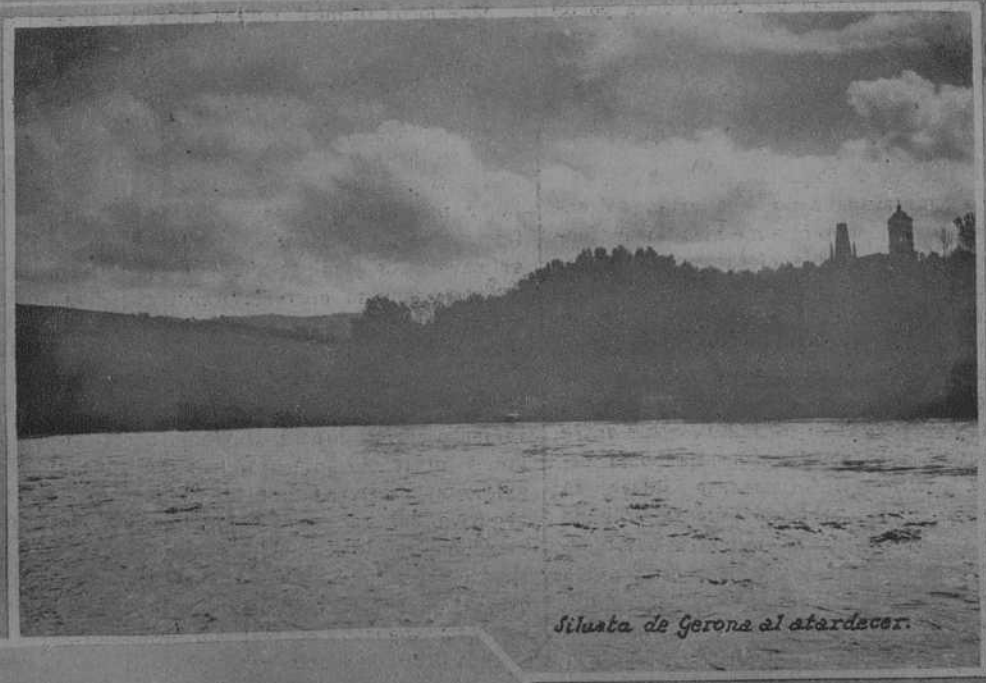
El rosetón de la nave central.

Junto a las bellezas naturales de Mallorca - sus calas, sus acantilados, sus valles, sus olivares - están las bellezas arquitectónicas - sus palacios, sus patios, sus cartujas, sus jardines. - Y gran presente gótico, de un maravilloso gótico flamígero, la catedral de Palma.

(Fots. Arxiu Mas).

...dece años de guerra y de destrucción... el agua de la ciudad... y en la actualidad...

*El Sitio
de
Geronda
por
el agua.*



Silata de Gerona al atardecer.



El Tor, desde el puente de La carretera.



La Dehesa Inundada.

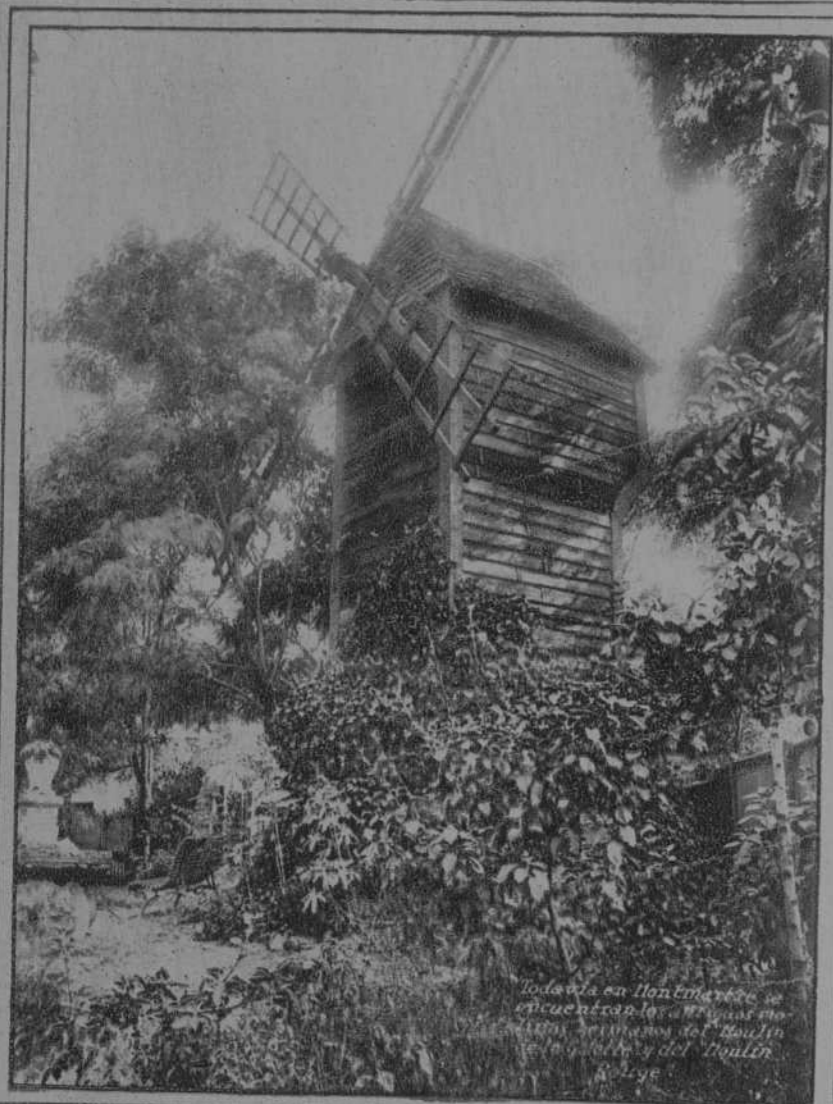


El Tor, desde el barrio de Pedret.

La ciudad de los cuatro rios, sufrió, en los pasados temporales, el cerco del agua, pero en ella, lo que en otros sitios fué dolor, se convirtió en belleza que han recogido estas fotografías.
(Fots. Vidal y Ventosa).



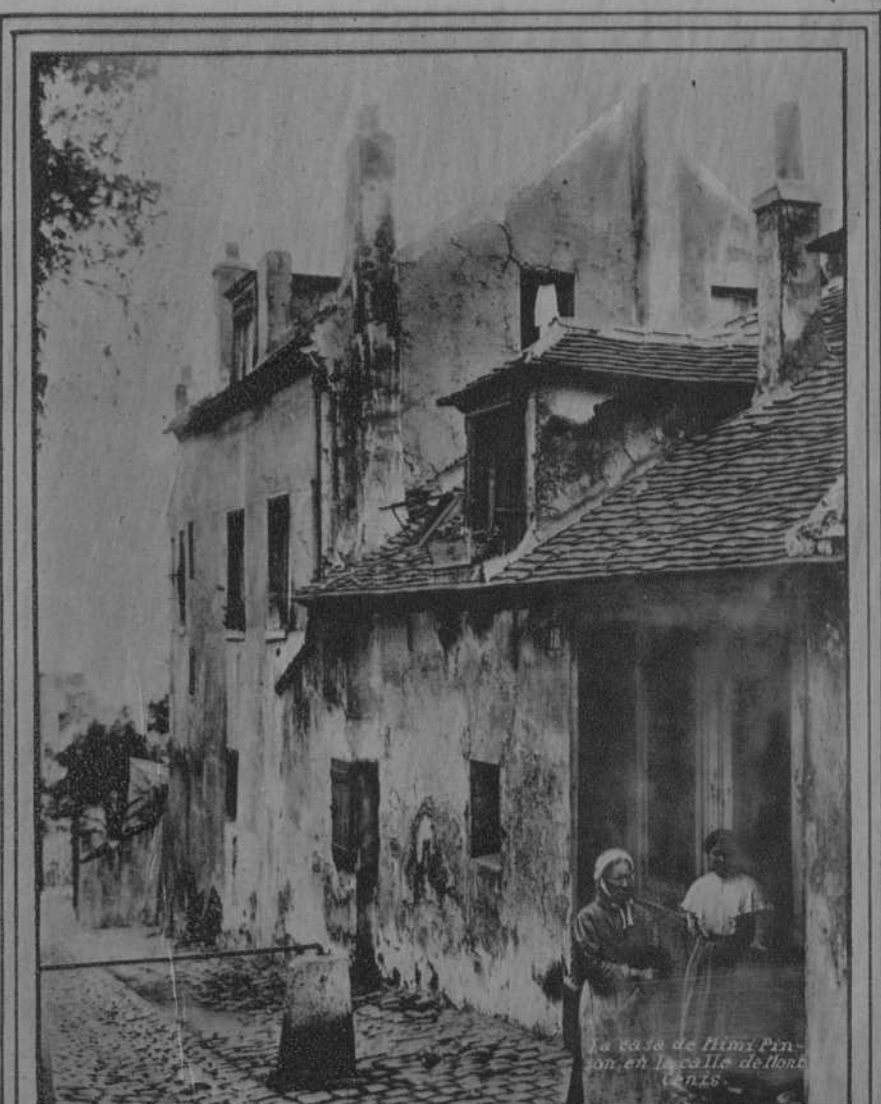
MONTMARTRE



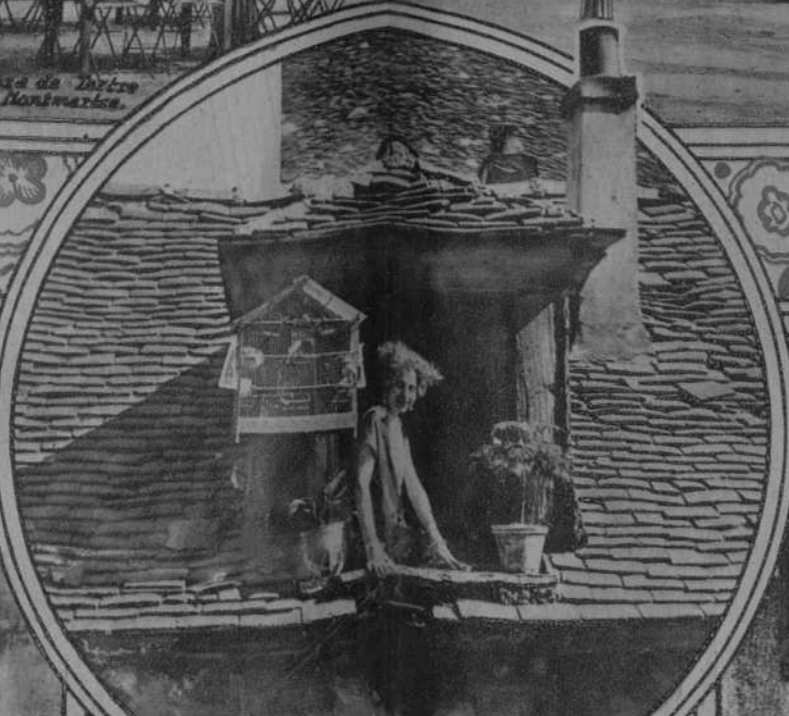
*La molineta en Montmartre, se
encuentra en las ruinas de
la gran casa de la familia
de los señores de Montmartre.
Lige*



*La plaza de la
de Montmartre.*



*La casa de Henri Pinson,
en la calle de Montmartre.*



*La casa de Montmartre, encar-
gada cada uno de cuidar la ven-
tana de Henri Pinson.*



*El antiguo cabaret del 'Lapin d'Or'
cuando vivieron y se hicieron
los señores de Montmartre.*



*Del mundo entero, llegan los artistas para
pintar lo que queda de Montmartre.*

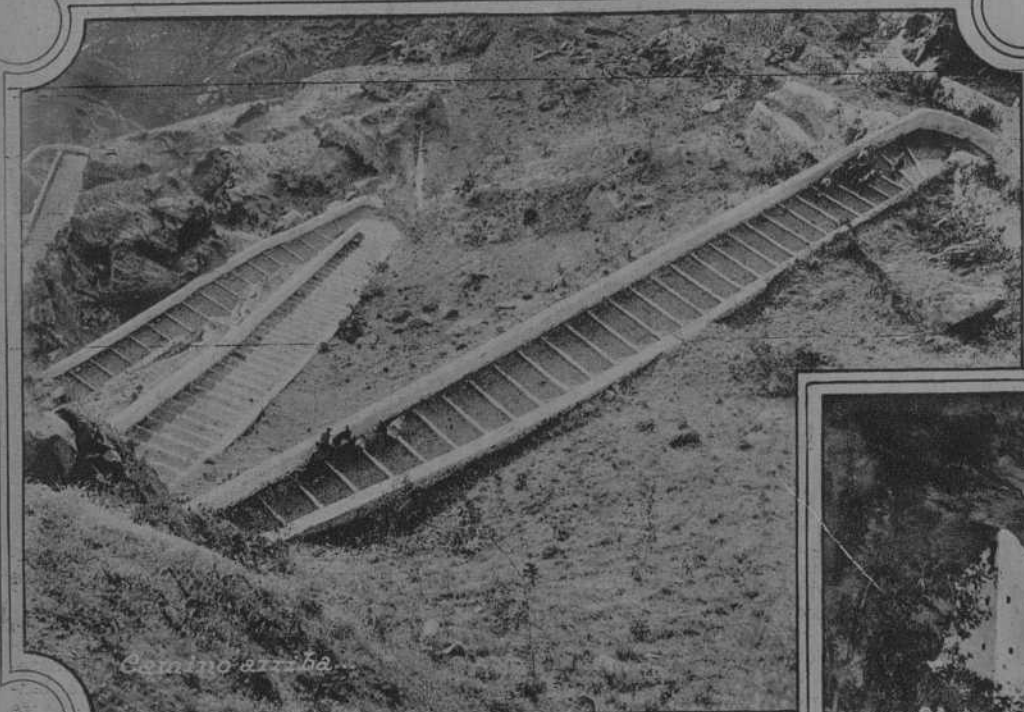
Montmartre vuelve a tener una actualidad sentimen-
tal. Iba a ser derribada la casa de Henri Pinson, la
heroína de Musset y Flaubert, la modistilla poe-
mática, que no vivió más que para el amor y la ale-
gría, y los restos de la bohemia de Montmartre, lo ha
impedido. Así, como un resto del siglo XIX, sigue defen-
diéndose Montmartre, contra la invasión de los rasca-
cieños, los cabarets americanos y las calles tiradas a
corde. Montmartre, dentro de poco, no será más
que un recuerdo y una nostalgia, que evocaremos con
la música de Puccini, ó la de Charpentier.

... de la historia de España en el siglo XVIII. En el presente número se publica el artículo de D. J. G. de la Cruz, titulado "El arte de la escultura en el siglo XVIII". Este artículo se divide en dos partes: la primera trata de la escultura en el siglo XVIII, y la segunda de la escultura en el siglo XIX.

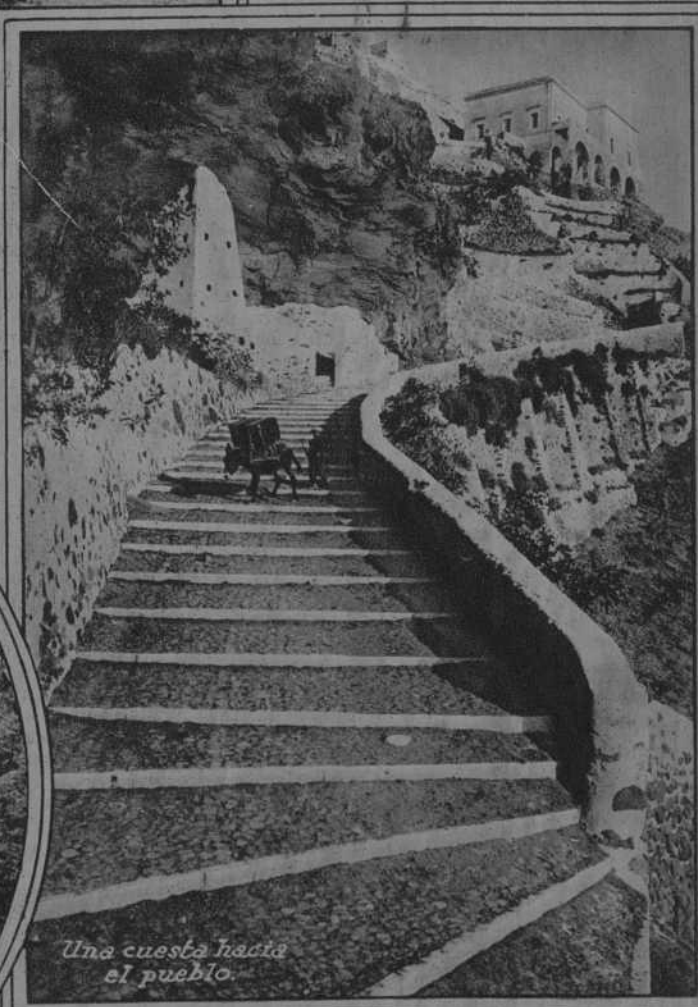


*Panteón de los Duques de Cardona, en la Iglesia de Bellpuig (Lérida).
(Fots. A. Roch.)*

La isla mas pintoresca del Mediterraneo.



Caminos arriba.



Una cuesta hacia el pueblo.



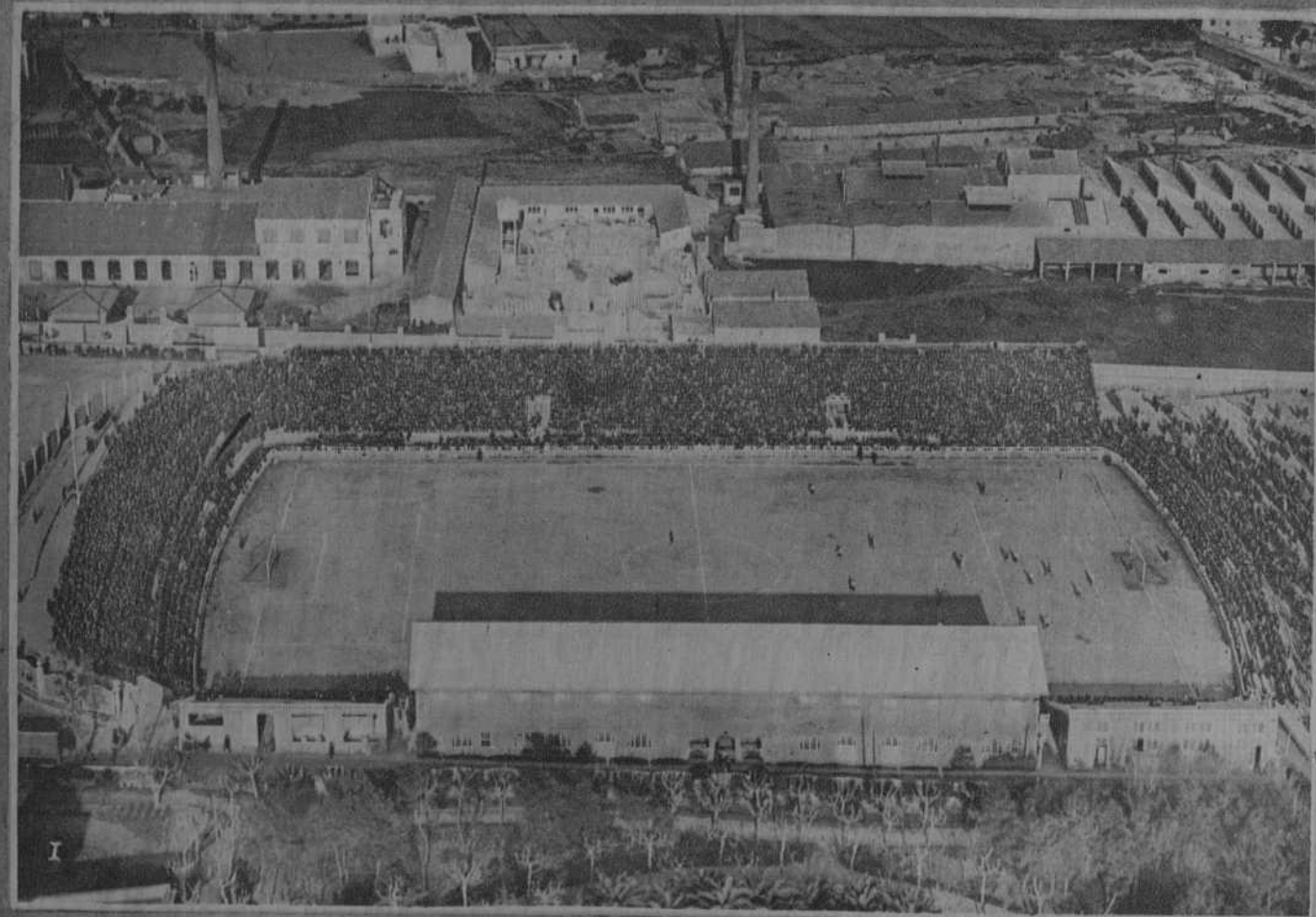
El puerto de la isla.



Un sistema de escalinatas.

La escarpada isla griega de Tera, en la que los caminos son inacabables escalinatas.

(Fots. Scherl.)



I



II

El foot-ball, visto desde avión.

I.-El campo del R.C. Barcelona.

II.-El campo de la U.S. de Sans.

(fots. Gaspar, desde avión Latécoère.)

ELEGIA DEL REGRESO

MEMORIAS DE UN BURGUES

SENTIMENTAL

(NOVELA)

por VALENTIN DE PEDRO

Barcelona, septiembre 20

De vuelta en mi España, después de veinte años, me inclino sobre el papel y mi pluma sigue los movimientos de mi corazón como en mi ilusionada juventud, enhebrando palabras y más palabras.

Ha pasado tanto tiempo, que ya he perdido todo hábito literario. En mis largos años de vida en América, de mi vida de comerciante, sólo utilicé la pluma para hacer números y firmar. En verdad que para hacer dinero no se necesita saber escribir.

Pero ¿qué puede preocuparme ahora el cómo escriba, si ni siquiera sé por qué ni para quién escribo? Como no sea para recordar mejor...

Hace veinte años era distinto... Escribía movido por un ideal, deslumbrado por un sueño de gloria y aspiraba a que todo el mundo me leyese, como si hubiera sido el portador de una antorcha divina, cuya luz no debía ocultarse a nadie. Soñaba con un mundo mejor, y era como si yo le llevase en mi cerebro, y mi misión sobre la tierra fuese sacármelo de él para ofrecérselo a los hombres.

En cambio ahora... Aquel Lorenzo Rivero de mi juventud, quedó muerto en esta tierra, y no debe volver de entre los muertos...

El que vuelve ahora, es el señor don Lorenzo Rivero, dueño de una cuantiosa fortuna, miembro ilustre de la colonia española de Buenos Aires, como me dicen los gacetilleros. Sin embargo, ahora que he llegado al término de la nueva vida que me propuse al marchar de España con mi hijita en brazos—lo único que salvé del naufragio de mi juventud—; ahora que ella se ha casado y que me encuentro solo, es cuando resucita en mí el Lorenzo Rivero soñador y bohemio de los diez y ocho años. El deseo de revivir horas pasadas, me trajo a mi tierra; y los veinte días de trayecto de este viaje de vuelta, han cortado

la distancia de veinte años. Ha sido como si cada día que desandaba el camino del Océano, deshiciera un año de mi vida.

Barcelona, septiembre 21

Abro el balcón de mi cuarto del hotel. Miro hacia fuera. No reconozco el primer término del paisaje ciudadano que se ofrece a mis ojos; grandes avenidas, altas casas de arquitectura moderna.

Parece un trozo de Buenos Aires. Mi mirada levanta el vuelo. Allá lejos, se apiña la Barcelona antigua, y un suave sol de otoño dora los viejos muros, los tejados, las cúpulas... Más allá, el mar. Evoco el último gesto romántico de mi juventud de artista, cuando antes de partir para mi nueva vida, arrojé a las aguas del Mediterráneo mi ancho sombrero y mi chalina voladora; y del fondo de mi memoria viene hasta mis labios, rompiendo la clausura de veinte años, un verso, el último del Lorenzo Rivero poeta, el que ya no escribí:

Soñador,

echa al mar tu bagaje de quimeras.

Salgo a la calle y me encamino hacia las Ramblas. Al desembocar en ellas, una fuerte impresión resucita en mí aquella época antigua por la cual suspiro. Es una impresión semejante a la que sentí hace ya tantos años; multitud de gentes que van y vienen y se entrecruzan, cantar de infinidad de pajarillos refugiados en las copas de los árboles, perspectiva de fachadas vistas otra vez...

Esta impresión, que entra por mis ojos y por mis oídos, tiene la virtud taumática de convertirme en el Lorenzo de los años mozos.

Frente a la imagen de la ciudad vieja se levanta la imagen de mi juventud, vieja también. Pero como la ciudad y yo, hemos seguido viviendo, no tiene nuestro encuentro un carácter inanimado, no somos—la ciudad y yo—como dos fotografías amarillentas

de un álbum antiguo; estamos vivos, y vivimos la hora presente, aunque los dos guardemos en nosotros mismos, todas nuestras horas anteriores, que en la ciudad son historia y en mí, evocación.

Soy el Lorenzo Rivero que llegó un día, desde Madrid, dispuesto a embarcar en seguida para América; el pobre Lorenzo Rivero del traje raído, las botas rotas, flotando al aire aún la gran chalina negra, todavía el negro y ancho sombrero sobre la melena romántica; por todo equipaje, su hatillo de emigrante; en sus brazos una niña de no más de un año, Flaco y derrotado, con su gran tristeza de viuda... Allá, en Madrid, quedaba enterrado en el anonimato de la fosa común su amor, su gran amor—la mujer con la que había vivido dos años de luchas, de miserias, de ensueños—la madre de aquella criatura para la que iba a conquistar un nuevo mundo.

Barcelona, septiembre 25

¡Con cuánto amor, con cuánta emoción he seguido las huellas de mi otro yo en sus últimas andanzas antes de embarcar.

¿Fue en la calle del Hospital; en la de la Unión?

Sí, por aquí estaba la fonda donde viví unos días antes de embarcar. Poco han cambiado estas calles. He vuelto a respirar su ambiente, mi alma se ha mecido otra vez en sus mil ruidos, y mi mirada se ha extasiado ante lo abigarrado y pintoresco de este mundo que, bulle a todas horas.

He olvidado el nombre de la fonda, y el lugar exacto donde se encontraba. Lo que no olvidé, lo que no olvidaré nunca, es la escena de la cual fui protagonista en su comedor humilde.

Fue el instante de mi vida en que más claramente se me reveló la piedad humana. Yo, con mi hijita en brazos, a la que procuraba atender con una solicitud de madre, era el centro de todas las miradas, de todas

las conversaciones. Muchos tenían un buen rato la cuchara en suspenso entre el plato y la boca, absortos en ver como daba yo de comer a mi hijita. En todos los rostros leía yo un gesto de conmiseración. Hablaban en voz baja, que es la voz de la ternura; y el silencio parecía prolongarse y pesar sobre todos.

De pronto, la pequeñuela se echó a llorar. Yo me afanaba por acallarla... Y entonces, ocurrió algo que me hizo llorar también a mí, aunque silenciosamente: una mujer que ocupaba una mesa cercana, se levantó como movida por un resorte; y, en un impulso de arrebatadora espontaneidad, sin decir una palabra, pero diciéndolo todo con el gesto y el ademán, se abalanzó a mí, cogió a mi hija de entre mis brazos y entre los suyos la hizo callar, prodigándole besos y palabras infinitamente dulces. El amor de madre, irrumpió en el alma de aquella mujer como un río que se desborda.

Se había corrido la voz de que mi hijita se acababa de quedar sin madre; y aquella mujer debió sentirse conmovida hasta sus entrañas por su llanto de huerfanita. Era la ternura popular y espontánea que tomaba cuerpo en aquella mujer...

Yo hubiese querido abrazarla y besarla en la frente y llamarla ¡Madre! y glorificar en ella a todas las madres del mundo; pero me sentía sin fuerzas ni voluntad para nada y caí de bruces sobre la mesa sollozando.

Durante los días que estuve en la fonda, mi hijita fué un poco la hija de todas las mujeres que allí se albergaban. ¿Dónde fué? ¿Calle del Hospital, calle de la Unión? ...No recuerdo bien. Era la hora de la transformación, del gran cambio, cuando estaba con el pie en el estribo, camino de mi nueva vida.

Barcelona, septiembre 26

Quiero seguir mis huellas—no quiero otra cosa—pero hacia dentro, hacia atrás, hacia las horas más patéticas de mi juventud tan henchidas de dolor y de ensueño. ¡Oh, quién me diese volver a vivirlas!...

Mañana salgo para Madrid.

Madrid, octubre 2

La casa donde viví con Piedita (su nombre era Piedad, pero yo la llamaba así), la casa donde viví con Piedita nuestros más azarosos días de bohemia, ya no existe, ni existe tampoco la calle. En su lugar, unos solares llenos de escombros y vallados. Pronto será esto una gran vía.

Antes de que sobre sus cimientos se levante un rascacielos, puedo reconstruir con mi imaginación los antiguos muros. Afortunadamente he llegado a tiempo. Dijérase que las obras se han paralizado para que yo pudiera tener la dicha de esta reconstrucción. Y ha surgido ante mis ojos la casa y el barrio todo, viejo y carcomido, tan bello bajo la luna!...

He subido unas escaleras angostas, oscuras y desgastadas, hasta llegar a una habitación de misérrima casa de huéspedes, destartada y pintoresca, donde me esperaba ella... ¡Piedad! ¡Piedad!... Repito su nombre, no sé si para que venga hasta mí, o porque él es cifra de misericordia que in-

voca mi corazón, en el que se acaba de abrir desmesuradamente una vieja herida...

¡Qué locos fuimos! Yo era un estudiante, ella una modistilla; pero ninguno de los dos éramos como suelen ser los estudiantes y las modistillas. Quizá por eso nos encontramos y unimos nuestros destinos, aunque itan brevemente!

Los domingos bailábamos en la Bombilla y paseábamos nuestro idilio bajo las frondas de la Moncloa. Una noche tibia de primavera los jardines nos embrujaron con sus aromas y su misterioso encanto; nuestro amor era inmenso y nuestra carne también estaba en primavera...

Pasaron los días. Para ocultar el pecado, ella huyó de su casa y yo la acogí definitivamente en mis brazos. Desde entonces, vivimos juntos. Se enteraron mis padres, me exigieron que renunciase a ella, y ante mi negativa, me retiraron la pensión que me mandaban desde el pueblo, haciéndome sentir todo el valor de su autoridad, en espera de que me reintegrase vencido al hogar. Pero, ¿quién pensaba en eso? ¡Oh, deslumbramiento divino del primer amor!...

La actitud de mis padres, fué como el espaldarazo que me armaba caballero de un ideal empenachado de rojo. Lucharía sólo por la vida. Para que nada me faltara, ni aún me faltaba la dama que era quien guiaba todos mis actos, y a quien amaba con encendido y exclusivo amor. Me creía una especie de Amadis de Gaula. ¡Cómo soñamos! ¡Cómo nos amamos!...

Octubre, 3 noche.

Ningún sitio más a propósito para recordarla que este rincón de viejo café. Todo está aquí poco más o menos, como hace veinte años. Y es grato esperarla, con los codos apoyados sobre el blanco mármol de la mesa, fija la mirada en la puerta, como si ésta fuese la puerta del misterio que se abre al más allá y por la cual no vuelven a asomarse los que se han ido.

El café era nuestro mejor refugio. El nos dió las primeras horas de intimidad, en los días de invierno en que la calle era inhospitalaria y fría. En uno de estos rincones amables, blandos y tibios, se entrelazaron nuestras manos por primera vez.

Eran tan poco confortables nuestros albergues, que el café era una especie de Paraíso del cual podíamos gozar de por vida. El camarero era como un demiurgo protector, que dejaba caer una mirada de simpatía, como un óleo piadoso, sobre nuestra juventud pobre y apasionada, y que con frecuencia nos fiaba... En el café podíamos soñar más ampliamente, porque en él olvidábamos nuestra miseria cotidiana y nos daba la ilusión de creernos criaturas felices y libres.

No sé por qué, desde aquí mi triunfo parecía más cercano, casi inmediato; mi triunfo de escritor y de poeta... ¡Cuán ciegamente creía Piedad en mí! ¡Y con cuánto valor afrontaba la vida de luchas y sacrificios que habíamos emprendido!

Su rostro era fino y de rasgos agudos, de una palidez morena; sus ojos, negros, anchos y rasgados; su frente alta y despejada y, sobre su frente el pelo que azuleaba de tan negro, dividido por una raya al medio y

muy tirante, y recogido atrás sobre la nuca en un gran rodete. Era menudita. A pesar de nuestra pobreza, iba siempre muy pulcra, y tenía la gracia de que cualquier trapo la sentara bien. Un mantoncito de flecos cubría airoosamente su busto.

¿Quién hubiera imaginado tanta energía en aquella figurita pequeña y grácil?

Octubre 4, de madrugada.

De café en café, de recuerdo en recuerdo, he pasado la noche.

Pero aún me quedaba una emoción que se abriría en mi alma como una rosa enorme y la llenaría toda, a la llegada del amanecer.

Fué una noche en que nos quedamos sin cobijo, porque el ama de la casa de huéspedes donde nos albergábamos se negó a admitirnos, harta ya de que no la pagáramos. Tras cerrarse el café donde pudimos estar hasta última hora, vagamos por la ciudad que el alba bañaba de un lívido resplandor.

Eramos más desdichados que nunca y estábamos más que nunca unidos. Nos estrechábamos en las calles solitarias como dos amantes que caminan hacia su nido de amor. Yo recitaba a su oído madrigales y canciones de rebeldía en tanto ella sonriente, apretaba mi brazo contra su pecho.

Sentados en el banco de una plaza, más que dos parias que no tienen donde refugiarse, parecíamos los dueños del mundo, despiertos y de pie a aquella hora para asistir a su divino despertar y gozar de la gloria de vernos ungidos por los dedos frescos y sonrosados de la aurora.

Por último, nos acogimos en uno de esos albergues que son como playas, donde el mar de la noche, al retirarse, deja sus resacas; uno de esos figones, mezcla de cafetín y churrería, que se abren cuando empieza a clarear el día.

Por eso que esta madrugada he entrado en uno de esos cafetines.

Apenas hay nadie. Y, sobre uno de sus duros bancos, en el ambiente donde flota un pesado olor de aceite hirviendo, y caldeado por el fuego donde unos hombres con los brazos y el pecho medio desnudos, fríen la masa amarilla de los churros y los buñuelos, evoco, mejor dicho, vuelvo a vivir una hora lejana, ilusionada y triste.

El local se va llenado de gente como aquella vez. Gentes miserables, Gentes que no saben dónde ir en estas horas terribles en que ya no es de noche, pero que aún no es de día—horas de Purgatorio—Me rodean hampones, mendigos, figuras de ex hombres, humilladas y vencidas, larvas del arroyo y alguna pareja de enamorados, muy distintos a nosotros, pero que contribuyen a hacer más patética mi evocación...

Advierto que toda esta gente me mira con extrañeza, con prevención, con odio... Como a un enemigo. Siento crecer la ira alrededor mío, pronta a estallar, y salgo rápidamente.

Me había olvidado de que soy un burgués y allí usurpaba un sitio. Que no soy el Lorenzo Rivero soñador y bohemio de los diez y ocho años, sino un señor respetable cuya fortuna ha de trascender de todos los detalles de su indumento. Que no soy aquel poeta desdichado que en ese mismo sitio y en

esta misma hora, saludó un amanecer semejante a este, hace veinte años, como una aurora roja... Recobro íntegramente mi personalidad actual y me encamino al hotel. ¡Qué soledad Dios mío! Piedad, amor de mis amores, mi primer amor, ¿por qué no vienes a enjugar las lágrimas que caen silenciosamente por mis mejillas en esta madrugada tan llena de ti? ¿Por qué no borras, con la dulzura de tus besos, esta amarga sal que quema mis labios?... Siento en el alma una aridez de desierto.

Octubre, 5.

Vivo torturado por un remordimiento que es el compañero inseparable de mi pena. ¿Hasta qué punto puedo decir que no soy responsable de su muerte? Yo no la maté, es cierto, pero la mató la pobreza. Estoy seguro que si hubiera podido rodearla de comodidades, o simplemente, atender con decoro a nuestra subsistencia, no se hubiera muerto.

Se acercaba la hora en que Piedita iba a ser madre. Fue preciso no entregarse tanto a las locuras y a los sueños para pensar en esta realidad. Confieso que el tener un hijo de nuestro amor me causaba una gran alegría; pero con frecuencia esta alegría se trocaba en preocupación, me sentía agobiado, con una sensación casi física de haber cargado un peso excesivo para mis hombres débiles.

Al notar mi pesadumbre, ella procuraba infundirme su energía y su fortaleza. Ninguna nube parecía turbar su felicidad de sentirse madre. Volvió al taller. Y, así, con lo poco que yo ganaba, el auxilio de algunos amigos generosos y lo que ganaba ella, normalizamos algo nuestra vida.

Nació nuestra hija. Como seguía haciendo falta el dinero que ganaba Piedita, pronto volvió a su trabajo, aunque ahora trabajaba en casa, para no separarse de la niña. Trabajaba horas y horas, sin desmayo, con una alegría fingida sin duda para ahuyentar mi tristeza, porque yo entonces me volví inmensamente triste. Era el dolor de ver mustiarse sobre la costura a aquella mujer que estaba para mí sobre todas las mujeres de la tierra y a quien hubiese querido tener como una reina; y el dolor de comprobar la inutilidad de mi esfuerzo, la falta de valor económico de mis trabajos, que yo me creía que valían un mundo. ¿Qué hacer? Yo no tenía ninguna carrera, ni sabía oficio alguno. El más humilde de los obreros, entregado al trabajo más rudo y expuesto a los mayores peligros, era más feliz que yo, porque al menos ganaba el pan para los suyos. ¿Qué camino seguir? Pero si no había ante mí ningún camino...

Enfermó Piedita. El trabajo excesivo, la crianza de nuestra hijita, la mala alimentación, pudieron más que su alegre fortaleza. Y al cabo, su alegría y su fortaleza no fueron sino máscaras con que ocultaba la ruina de su cuerpo. ¡Se moría y aún tenía fuerzas para trabajar y para sonreír!...

Yo no sabía hacer nada, nada, sino mirar cómo se extinguía rápidamente aquella vida, como quien mira hipnotizado la luz de una lámpara que se va apagando.

¿En qué podía yo pensar, sino en morir con ella? Era mi vida. Y, sin ella, ¿para qué

quería vivir ya? Me parecía que si yo quedaba con vida, le robaba algo que sólo a ella pertenecía. La hablé de morir juntos, en un abrazo de amor, para evitar la separación espantable y quitar a la muerte todo su dolor. Nuestras almas seguirían unidas el camino de lo desconocido y quedarían así bien cumplidos nuestros juramentos de amor eterno...

Ella sonrió con una triste sonrisa de agradecimiento y me señaló otro camino: nuestra hija de apenas un año, amor de nuestro amor y carne de nuestra carne, que empezaba a vivir, ajena a nuestra tragedia.

No tengo un recuerdo claro de su muerte. Desde que empezó su agonía, hasta que la llevé a enterrar, dicen que estuve como loco. Yo sólo sé decir, que fué como si en la tierra, en pleno día, se hiciera una obscuridad total, y yo fuera un fantasma braceando en las tinieblas.

Octubre, 8.

Al fin he dado con el paradero de este buen hombre, de este modelo de vidas isócronas y sencillas que se llama don Paco. Sigue siendo empleado del Ayuntamiento, como hace veinte años. Su sueldo viene a ser en proporción, casi igual al de entonces. Ha engordado un poco, está más cargado de espaldas, sus cabellos blanquean, pero sigue siendo el mismo.

Cuando he ido a su encuentro y le he dicho: «Yo soy aquel...», sus ojos ingenuos, de hombre-niño, se han llenado de lágrimas. Se ve que nada ha variado en él a través de los años, nada; ni la bondad de su corazón. Sus ojos se han llenado de lágrimas como el día que nos acogió a Piedita y a mí en su casa, después de oír la historia de nuestra desventura. Nos encontrábamos en la calle, sin tener donde guarecernos, y Piedita próxima a ser madre... Un amigo nos presentó a él; y, en tanto se arreglaban nuestras cosas, nos dió a compartir generosamente su pobreza.

Hacia poco que se había casado. Su mujer participaba de la misma sencillez de espíritu que él. Tenían una hija. Y como el sueldo de don Paco en el Ayuntamiento era bastante mezquino, discurrieron el tener huéspedes, con la cual, la mujer contribuía con su trabajo al mantenimiento del hogar. (La única profesión que podía ejercer dignamente una mujer en aquel entonces, en Madrid, era la de patrona de casa de huéspedes).

Doña Carmen, la mujer de don Paco, esa sí que ha cambiado con los años. Es otra mujer. Me hubiese sido imposible reconocerla por mí mismo. El trabajo de todos los días, aunado a quien sabe qué íntimos dolores, la ha consumido, la ha avejentado. Sin embargo, y hemos de apresurarnos a decirlo, no es ninguna desaveniencia conyugal la causa de su ajamiento.

Don Paco, es incapaz de engañarla, y ella tiene en su marido una absoluta confianza. Los que han marchitado su carne, agostando en ella toda gracia femenina y convirtiéndola en un haz de nervios, son el trabajo y los hijos. Ella ha llevado durante años y sigue llevándolo hoy, todo el peso de la casa. Ahora doña Carmen, tiene que atender, no sólo a sus huéspedes, sino también a

sus hijos. Cuatro han tenido, la que vivió cuando yo me marché, y tres varones que después les nacieron, uno de los cuales—el último—murió. ¡Lo que esta mujer ha pasado y pasa por los hijos; y cómo llora todavía al que se le llevó la muerte!...

Don Paco ha querido que conociese a toda la familia. Hemos ido a su casa. Sigue viviendo en una de las zonas más características de Madrid antiguo, entre la Corredera y la calle Ancha. Mi presencia ha producido un verdadero alboroto, como la llegada de un ser extraño y fabuloso. Doña Carmen no se cansa de hacer aspavientos. Hacen coro al matrimonio los tres hijos. Soy el que viene de lejos; el peregrino afortunado; aquel cuya vida es como una antítesis de las suyas.

La hija mayor, es una muchacha clorótica, que finge asombrarse de todo, como si el asombro fuese el signo de la ingenuidad; que toca el piano y que tiene hacia el trabajo una repugnancia muy señorial de clase media del siglo XIX. El hijo mayor, también presume de señorito, y tiene un santo horror al trabajo, estudia para abogado. Y el menor, que tendrá unos doce años, es una mezcla de granujilla, criado en medio del arroyo y de niño mimado por sus padres.

No sé por qué, en aquella casa, donde esperaba vivir ampliamente una hora de recuerdos, o mejor dicho, revivir una hora lejana, me he sentido coartado, deprimido. Por momentos parecía que me faltaba el aire.

Sobre todo, ha habido un instante profundamente angustioso para mí, y ha sido aquel en que don Paco ha puesto su mano sobre mi hombro para afirmar:

—Vamos, don Lorenzo, que para usted es el mundo. ¡Usted sí que es un hombre feliz!

¿Yo un hombre feliz? No he intentado siquiera disuadirlo. Para él, como para su mujer, y más aún para sus tres hijos, la felicidad es el dinero, el dinero que no tienen, que no tendrán nunca, como no sea por un milagro de la lotería, diosa en la cual creen y de la cual esperan...

Ante esa madre, que se mata a trabajar para que sus hijos—un hombre y una mujer—puedan presumir de señoritos inútiles, le he insinuado la idea de que la muchacha se dedique a algo más práctico que el piano, y él vaya a América, donde le será más fácil encontrar la fortuna que no en vana carrera que acaso no pueda ejercer nunca. Se han indignado, como si les hubiera propuesto algo monstruoso. ¿Emplear a su hija en unas oficinas o en unos almacenes? ¿A su hija? ¡Qué disparate!...

¿Mandar a América—tan lejos—a su hijo? ¡Qué locura!...

Su felicidad consiste en estar juntos, apañados; en sacrificarse por los hijos; en repetir todos los días los mismos gestos y las mismas palabras, en estancar la vida; en vegetar.

Pero, ¿es esto la felicidad? Pobres infelices que se pasan la vida soñando con algo, con un cambio, con un mejoramiento que no llega nunca, y que pierden todas las energías en una ternura estéril, contraproducente; pero que al fin y al cabo, es la única razón de sus vidas.

Y me miran con envidia, y don Paco re-

pite, poniéndome otra vez la mano en el hombro:

— ¡Hembra feliz!...

De mi vida pasada, de lo que a mí me interesaba, no se ha hablado. Había en ellos, sin duda un deliberado propósito de no recordar aquellas tiempos de miseria y de dolor. Si alguna alusión han hecho, muy levemente, a los días en que nos conocimos, ha sido para echar sobre mi corazón incendiado por el recuerdo, una paletada de nieve.

Y el hombre feliz que ellos dicen, ha salido de su casa más triste que nunca. No volveré a poner en contacto a mis recuerdos, a mi vida interior, con la realidad. Dentro de mí, viva un mundo que es sólo mío, que yo he ido formando día a día, y del cual a mí sólo es dable gozar. ¿Qué es la felicidad? ¿Dónde se encuentra? ¡Ay! Acaso en ninguna parte... Acaso sólo nos es dado gozar la una sombra de felicidad, proyectada por nuestros sueños, en ocasiones también por nuestra dolor...

Octubre, 10.

Daría mi fortuna, por saber en qué tro-

zo de tierra está enterrada. ¿Dónde estarán sus pobres huesos, si aún queda de ellos algún rastro? ¡Pensar que entonces, sobre la fría tierra con que cubrieron su cuerpo no pude dejar ni el más humilde ramo de flores!

Vuelvo a verme, triste y enflaquecido, único cortejo de su féretro, caminando detrás del coche fúnebre, todo de una máxima pobreza. Voy como un sonámbulo, como si el ataúd fuera un poderoso imán que tirase de mí. No creo que Piedita estuviese más muerta que yo...

En aquel último camino que recorrimos juntos, tengo una sensación de estepa solitaria y fría; el paisaje raso y árido, que recorrimos después de dejar a nuestra espalda las últimas casas de la ciudad. Me parecía que iba a una Siberia terrible, como un condenado. ¿Y no sería ya para siempre un cautivo, condenado a su recuerdo? ¿No sería el mundo mi cárcel y yo un condenado a vivir sin lo que más quería?

Hoy he vuelto a hacer este camino. ¡Cuánto valor he necesitado para recorrerlo de nuevo! Y allá al final, he recogido la impresión íntegra de entonces; llanura y cielo,

Y un hombre—yo—que levanta los brazos en ademán desesperado, y que pretende interrogar a Dios: ¿Por qué, Señor, por qué?...

Por este camino se fueron mis sueños, por este camino se fué mi juventud... Y yo tuve que desandarlos, porque allí, al otro extremo, un cuerpecito, casi ingrátido se tendía hacia mí. En el comienzo del camino, me esperaba nuestra hija...

La vida—por medio de aquellos bracitos—tan frágiles y tan fuertes! tiraba de mí. Pero yo, era ya otro hombre. Mis ensueños de artista se quedaron en el cementerio, envolviendo el cuerpo de la amada muerta. Sentí el horror de la pobreza, y la ambición de dar a nuestra hija, con creces, todo cuanto no pude dar a su madre: bienestar, riquezas.

Encontré en mí, fuerzas bastantes para emprender una nueva vida y conquistar la fortuna. Pero ¡ay! en esta nueva vida, no hallé nunca el encanto de mis días de pobreza y lucha, de mi juventud ilusionada y trágica, en la que florecieron en mi alma el amor y el arte. Mis sensaciones de ahora, comparadas con aquellas, me parecen insulsas y descoloridas...

(Prohibida la reproducción)

UN TIPO RICO

El venezolano Veiga, infatigable cultivador de toda parodia y absurdidad

por RAFAEL MORAGAS

En estos infundios dominicales, la verdad es, que nunca hemos hablado del famoso estudiante Veiga. Era el tal, un muchacho simpaticísimo, dotado de viva imaginación y de un memorión a prueba de toda fecha, altamente dicharachero y guasón hasta la intruñiga. Tenía ideas avanzadas y se metamorfoseaba con tanta gracia, que los mismos conservadores y ultramontanos le creían muy apegado a su bando.

Arturito Veiga, escribía versos, componía música, hacía juegos de manos, recitaba a la perfección y se enamoraba cada cinco minutos.

Introdujo en Barcelona—hay que tenerlo muy en cuenta—el difícil arte de declararse amatoramente a cuatro señoras a la vez. Veiga, dejó escrita una «Pequeña guía para el político fino» que hizo las delicias de los aficionados a las lecturas amenas y que le valió, además de un banquete que le organizamos, un sin fin de felicitaciones de los prohombres políticos de comienzos de este siglo.

Entre las cosas que en la mencionada Guía se leían, figuraba la siguiente:

«Si véis a Rodríguez San Pedro asomado al balcón, vuestro deber es saludarle desde lejos, para evitar que os pronuncie un discurso, que en él es costumbre de muy mal tono».

Referente a las visitas, recomendaba, lo que sigue:

«Cuando queráis ver al Ministro de Instrucción Pública, no lo hagáis nunca por la mañana: es hombre que se retira tarde, consecuente socio del Casino por las noches y dicharachero entre cuatro amigos, a última hora es cuando se siente decididor, y ya muy entrada la madrugada hasta se le ocurre alguna idea pedagógica; pero es claro, luego se duerme y cuando al día siguiente va al ministerio, ya es hombre perdido».

Arturito Veiga, se dedicó una temporada a cronista de salones. Sus reseñas se leyeron tanto como el «Quijote». ¡Qué cosas más graciosas se le ocurrían! Hará como cosa de veinte y tantos años, se celebró una boda de rumbo, pero de una cursilería sin límites.

Veiga, consignó uno por uno, los regalos con que se había obsequiado a los nuevos conyuges. La reseñita, merece la pena de ser copiada y archivada. Decía así:

«La novia, más que por sobrina del antiguo presidente (aquí llamamos los nombres y títulos), es conocidísima como inquilina de la casa en que vive, donde hasta el presente no ha dado motivo ninguno a la murmuración. Es graciosa, la prometida de nuestro querido amigo don Fulano Menga-

no y Perengano. Conoce todos los tangos de moda, desde el de «Yo tengo una bicicleta!» al de «¡Peinate tú con mis peines!». Recita de memoria el «Tren expreso» y si se la apura hasta el «Tren correo» y ha hecho «La loca delos Alpes», con aficionados, demostrando excelentes disposiciones. Tan graciosa criatura, será muy en breve la señora de nuestro amigo don Fulano Tal y Cual, que une al esclarecido apellido de su tío el de sus padres y abuelos, si no estamos equivocados. Entre los muchos regalos que ha recibido la novia, figuran: un abrigo de pieles, una salida de teatro y una contraseña; un coge azúcar de plata y un coge-dor de hierro y varias cucharillas procedentes de distintos cafés».

Una vez impresa esta reseña, el famoso Veiga, tuvo que emigrar de Barcelona, pues el tío de la novia, pretendía hacerle los honores de la casa, pero los de la casa de socorro.

Arturito Veiga, era compositor. Se lo preguntaban ustedes e inmediatamente metía mano al bolsillo y sacaba un catálogo manuscrito de sus obras que presentaba a a los editores por si querían aceptar algunas para publicarlas.

El catálogo era curioso y he aquí algunas de las piezas que contenía:

«La Ictericia tanda de valeses». «¡Amore! ¡Amore!» y «¡Sí, sí, tu sei gelosa!» Cavatinas.

«¡No, no, lo son cattivo!» Romanza de salón, op. 133, segundo, derecha, «¡Ay, que Pestaña!» tango de circunstancias.

«Los sabañones» Mazurca, «La Codorniz objetiva», Preludio para piano y ocarina. «¡Ah, que no me lo dijiste!» Leyenda dramática, op. 75.

«Orillas del Pisuerga», poema sinfónico. Veiga que era un gran amigo de Jesús Tordesillas, nos contó una vez, y el otro lo corroboró, que en sus manos había caído una vez una composición musical impresa, en cuya portada se leía lo que sigue:

«Alza Morena. Dedicada a la sagrada memoria de mi abuela. Polka».

Tenía el venezolano Veiga, un gran instinto periodista. Podría afirmarse que entre Veiga, Antoñito Palomero y Vives Pastor, han parodiado a la mayoría de los poetas hispano-americanos. De Veiga, es la siguiente parodia de Ruben Dario:

«¿Quieres que te pinte a Aike?

¡Coloca a un rayo de luna sobre un rosa de tél»

Parodiando a Juan R. Jiménez, Veiga, había escrito lo que sigue:

«Triste noche para mí cuando contemplo el paisaje, con jazmines sin aromas y luna en cuarto menguante».

Vienen las vacas despacio por una senda de lirios y arrastran sus grandes ubres por debajo de los tilos.

Un mocetón que parece por Garcilaso vivo, ordeña suave las vacas y no saca ni un cuartillo.

Suena el canchero a lo lejos a lo lejos del camino y entonces lloran las vacas cristales lentos y tibios.

Y volviéndose amorosas mugiendo acentos sentidos, rebrincan, porque se acerca un cabestro conocido.

Mas mi espíritu se desmaya en ondas de misticismo, porque esta noche no cantan las cigarras ni los grillos».

A Veiga le encargaron en una revista hispano-americana, una sección dedicada a «Preguntas y respuestas». Al principio, la cosa no iba mal, pues nuestro amigo, lo tomó con afición. Luego lo tomó a broma y naturalmente, vióse obligado a tomar la puerta.

Entre las últimas «Preguntas»—que hacía el público—y las «Respuestas»—que eran del propio Veiga—recordamos las siguientes:

—«¿Por qué razón, los ojales de las prendas de vestir, en el hombre, se hacen a la izquierda y en las señoras a la derecha?»

Contestación de Veiga.—«No obedece a otra causa que a la galantería, porque el hombre, desde hace mucho tiempo, siempre ha dado la derecha a las señoras».

Otra pregunta.—«Si en un saco de café cae cierta cantidad de ácido fénico, y, naturalmente, el café toma mal olor y peor gusto; ¿hay algún medio para que ambas cosas desaparezcan?»

Respuesta.—«No hay más que uno que consiste en coger el saco, cerrarlo bien por su abertura para que no se vaya el aroma, y una vez cerrado, a las veinticuatro horas, tirarlo a un pozo. De esta manera no se advertirá ni el mal gusto ni el mal olor».

Pacita, la bailarina

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Don Juan, el dueño del circo, hércules también entre los números del «programa formidable», lo había dicho a la chiquilla muchas veces:

—Es mala la gente, pequeña. Tú, aún no puedes hacerte cargo de estas cosas, pero es mala la gente.

—Lobos los hombres, víboras las mujeres—definía doña Palmira, «la mujer que se traga los sables», esposa de don Juan.

—Peor que víboras y peor que lobos—añadía Tomásito, el clown.

Y un buen día, en que las diatribas contra el género humano se habían repetido, objetó la chiquilla:

—Pues si toda la gente es mala, ¿cómo se entiende que ustedes, que no son nada más, me tratan tan bien?

Ninguno de los tres «artistas» supo qué contestar. Claro, como que el mundo era bueno, bueno y caritativo; a la luz de su bondad, podían vivir las criaturas, y los animalitos de Dios en bienaventuranza, como vivía ella.

Pacita Paz, recordaba todo esto al cabo de los años, que ya habían salpicado de cenizas su cabeza.

—¿Cuántos años, Señor! Cuarenta, acaso. Cuarenta años desde aquella tarde en que se montó la gran tienda del circo en la plaza de Aldea Real.

Hubo gran algazara entre la chiquillería, y aún entre los grandullones y la gente sedada.

—Viene una bailarina, así—decían los mozos, juntando casi en exageración las palmas de ambas manos, que luego, tras el debut, habían de juntarse frenéticamente muchas veces, muchas veces, en halago triunfal de la chiquilla.

Mas hubose de interrumpir la temporada. Un mal día, el hércules apareció enfermo, tan enfermo que se murió.

De vuelta del entierro, celebróse en el circo una especie de magno consejo, presidido nada menos que por la primera autoridad municipal.

—El vecindario no quiere abandonarnos, amigos—dijo el alcalde emocionado—vosotros me diréis con qué contáis y qué pensáis hacer.

—Doña Palmira decidirá—dijo el payaso. Y dijo, esjugando una lágrima, doña Palmira.

—Pues, ¿qué hemos de hacer, sino seguir, señor Alcalde? Seguir... hasta donde podamos. Este y yo somos fuertes y no hay que temer por nosotros; la niña, en cambio...

Hubo un movimiento cordial de simpatía y de caridad en los vecinos:

—Señor Alcalde: la chiquilla debería quedarse en el pueblo.

Y el pueblo, el buen pueblo, puede decirse que la prohibió. ¡Ya lo creo que era buena la gentel...

Pacita, que poseía también un corazón sencillo, no les iba a la zaga en bondad. Y, con motivo de cualquier fiesta, hacía prestación de su única riqueza; el ritmo de un baile rudimentario ejecutado con su vistoso...

Según fué creciendo su propiedad, este vestido de pobres faustos, fué sirviendo para disfraz en Carnaval, de toda la chiquillería. Y de toda la chiquillería de Aldea

Real, a cambio del pan cotidiano, fué Pacita niñera y ama seca e institutriz. Pacita, la bailarina, era en el pueblo una institución.

Tendida cara al cielo, en un ribazo, repasaba ahora, ya vieja, con inefable goce su vida mansa. Caía la tarde lentamente, lentamente; los sembrados eran de oro y como de campanitas de oro también, llegaba de lo lejos el son de las esquilas.

Estaba el ambiente aromado de flores silvestres. De las hermanas flores de esta silvestre flor, era Pacita.

Después de hacerlo rogar muchas veces, pues no conviene prodigar en vano el don divino que Dios da a algunos mortales elegidos, Carrascón, el curandero, aplicó el remedio heroico:

Cogiése suavemente la lengua con los dos dedos pulgares e índices de la mano derecha, hasta ensalivarlos concienzudamente, juntólos luego y los pasó con gran ceremonia sobre el magro cuerpo de la enferma, comenzando en la nuca y siguiendo la columna vertebral, hasta hacer una amplia cruz sobre los riñones.

Los asistentes, que guardaban un silencio religioso, preguntaron con la mirada al elegido del Señor. Hizo esperar un buen rato el curandero la respuesta y sentenció después:

—Esta pobre Pacita, no tiene remedio. —¿Morirá entonces?—preguntó la sentenciada.

Y, como todos callasen para no haber de confirmar la mala nueva, contestóse ella misma:

—Pues yo creo que no morirá. Me siento fuerte, sana, alegre, joven. Esto no será nada, se irá ello solo, como llegó.

—Oh, sí—musitó una mujeruca, pero cuando Carrascón no ha podido...

—Y Carrascón—recordó con unción otra de las presentes—tiene una cruz en el paladar y otra cruz debajo de la lengua.

—Bien, bien—repuso Pacita— pues yo no acabo de apurarme y, si hay quien me lleve me voy a la ciudad y entro en el hospital.

—Mujer, ¿no ha de haber quien te lleve? Y, qué demonio, mientras hay vida hay esperanza. Yo mismo en el carro te llevo mañana—ofreció un mozo, uno de aquellos niños de quien la bailarina fué niñera.

—¿Vas hasta la ciudad?

—Hasta Almonares tenía que ir, pero me llegaré hasta la ciudad.

—No, hombre, paras donde debías parar y seguiré yo a pie. Media legua escasa, total.

—Como quieras, Pacita; mejor me vendría así, que los días son ya cortos, pero conste que por mí no te queda...

Y al día siguiente, emprendió Pacita su viaje en carro hasta las inmediaciones de la ciudad, de aquella ciudad que sería el trozo más grande del mundo que llegara a ver.

—Vuélvas pronto, buena, Pacita.

—Uno u otro te iremos a ver bien a menudo.

—¡Nada te h de faltar.

Las ternuras caritativas de la despedida,

pusieron lágrimas en los ojos de la viajera enferma. Lágrimas que fueron llanto al pasar junto al camposanto, donde reposaba, cuarenta años hacia, el cuerpo de aquel hércules que le hablara tan mal del mundo y de la gente. De este mundo y de esta gente que tan buenos siempre, siempre, habían sido para ella.

Al recibir la negativa, miró Pacita con piedad al hombre aquel:

—No me entendió usted, buen hombre. Quise decir, que estoy enferma y debo entrar en el hospital.

—Entendí, entendí perfectamente, hija; pero esto no es posible. Después de la puesta del sol, el reglamento de la casa, nos prohíbe admitir enfermos. Además, ¿tú eres de aquí?

—No señor, no, no soy de aquí.

—¿Ni de la provincia tampoco?

—Ni de la provincia tampoco; soy de más lejos.

—Bien, bien, eso será lo de menos; pero, hasta mañana, me es imposible admitirte.

—¿Y mañana sí?

—Mañana, sí.

—Ah, bueno. ¡Ya decía yo!...

Y respiró tranquila al despedirse. Satisfecha casi que, después de todo, no había de disgustarle unas horas de asueto por la ciudad, hasta la de irse a la cama.

Comió en un banco los restos de la merienda, bien suficientes para su sobriedad habitual y comenzó a pasear.

Después de este paseo en que cada casa y cada tienda y cada café pontale ante los ojos un mundo y una vida desconocidos e ignorados, pediría unas monedas a cualquier transeunte y se metería en una posada, hasta mañana.

Bien pronto cerró la noche. Abordó pues, a un caballero, quien...

—Tome hermana—dijo, dándole una moneda de cinco céntimos.

Sonrió ella:

—Oh, no, necesito más; tengo que dormir en la posada.

—Pues yo no puedo darle más, hermana; no tendrá la pretensión de señalarme un mínimo de limosna.

—Yo no tengo la pretensión de nada. Sin duda me expresé mal, señor. Yo lo que quiero, es dormir en la posada.

—Pues si no quiere lo que buenamente le doy, váyase bendita de Dios.

Pensó, no podía ser otra cosa, que el hombre aquel estuviera borracho. Mas la escena se repitió muchas veces, hasta poner un nudo de congoja en la garganta y en corazón. La cantinela, adquirió un monótono ritmo doloroso y grotesco.

—Para dormir, señor, para dormir. Yo tengo que dormir en la posada esta noche. Soy ya vieja y no puedo, ni quiero, pasar la noche al raso. Tengo que dormir en la posada.

Unos señoritos, que salían de un casino de...

—¿Está borracha?

Y a lo largo de las calles frías, bañadas por la luna de enero, se confirmó, sin discusiones, la opinión:

—Es una vieja borracha, no haría caso.

DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ALEJEN DE MI

por FELIPE ALAIZ

Hace bastante tiempo se publicó en volumen discreto, cierta obra de Smidt, cuyo protagonista es un niño de pecho.

Nada tan risueño y jovial como lo que nos cuenta el bebé sitiado por impertinencias familiares, besuqueos, atadidos y molestias sin cuento.

El niño condena rotundamente a sus padres y les acusa de infanticidas. Ante la creciente mortandad infantil, el libro es de patente actualidad y demuestra que los tiempos se suceden automáticamente como las iniquidades.

En efecto: al niño ahito, le dan más de lo que puede digerir. Si le gusta curiosear donde haya luz y aire, le retienen en sitios oscuros. Si le apetece tocar el agua y divertirse con un objeto próximo, le colocan de manera que no puede moverse. Le enseñan a ser hipócritas y a disimular. Atraen sobre él enfermedades y fastidios y lloran con gran escándalo si el niño se suicida en un momento de desesperación.

Porque está averiguado que la mayor parte de las muertes que se inscriben en los registros como producidas por tal o cual enfermedad son suicidios, y si en ciertas épocas mueren los niños en grupo, se debe a que se ponen de acuerdo para emigrar en colectividad. Cuando un niño se traga una espina, es que intenta darse muerte. Si no quiere comer, es que declara la huelga del hambre, y cuando cae por la escalera, es que se tira.

Calcula que le espera una vida de martirio y que no le atenderán ni harán caso. Si no puede resistir los atadidos y vendajes con que tratan de asfixiarle por todos los medios y llora para librarse del suplicio, le apretarán más y más. He aquí por qué muchas veces dejan de llorar los niños, que sonríen para que no siga el martirio.

El pequeño procura predisponer al padre contra la madre y llora con más frecuencia cuando están presente los dos, con objeto de que mutuamente se den la culpa. Los que le dieron el ser, no están de acuerdo en nada, pero se unen contra el inocente y le declaran una guerra incesante y cruel.

El chico quiere comer a sus anchas y le ponen en fila. No quiere hermanos, y los padres le compran uno cada temporada. El chico tiene sed y le dan comida, quiere comer y le dan agua.

Pide a todas horas indulto y se ríen de él creyendo que hace una gracia cuando está clamando desesperadamente por su vida.

Los niños tienen cierto deseo irrefrenable y destructivo. Si hallan una pluma estilográfica, la llenan de tierra y la inutilizan.

El niño adivina que aquella pluma sólo produce estragos. Si el padre compra otra estilográfica, el niño está malhumorado hasta que la encuentra y la destruye también. Luego vierte el tintero y sonríe al hacerlo de manera encantadora.

Podrá creerse que tales actos son irreflexivos, pero no lo son. Si los padres no fueran maniáticos y soberbios, comprenderían la lección del hijo.

Es triste tener que morir cuando se quiere vivir y verse obligado a llevar zapatos cuando se quiere ir descalzo. También desean los niños frenéticamente, averiguar lo que tiene en la cabeza el caballo de cartón. ¡Cuántas veces darían martillazos los chavales en las cabezas de sus autores para ver si están vacías o llenas! ¿Créis que no sospechan la terrible verdad?

Cuando el niño cumple ocho o nueve años, ya se considera hombrecito. Mirad sus ojos tristes y su pasividad. Ya no inutiliza estilografías, ni vierte tinteros, ni destroza caballos de cartón, ni se esconde cuando le buscan para entrar en una estancia donde unos graves señores hablan del tiempo y otras amenidades.

Va a la escuela puntualmente. Si encuentra en la calle al compañerito que desobedece a sus padres y prefiere dar saltos que dar lección, el puntual echa en cara al otro su desaplicación. Es un hombrecito que da lástima. Ya empieza a sermonear a los nueve años. Recita poesías, aspira a colaboraciones de eras que empiezan. «Verdaderamente hay momentos en la vida de los pueblos...» es un sabio predestinado, un consentido y un insoportable.

¡Qué vida tan lamentable! ¡Ser ejemplo y guía oficial para los intrépidos doctores en volteretas! ¡Servir de confidente y cómplice a padres y maestros para referir lo que suponen punible! ¡No acatarse nunca por estar siempre acatarrado! ¡No poder trasnochar cuando el tiempo convida! ¡Despedirse sin melancolía del juego del atardecer! ¡Ir planchado, immaculado y estirado, para que no haga arrugas el pantalón! ¡Ser esclavo del humor doméstico y del reloj! ¡Ganar sobresalientes y no sobresalir en una carrera de saltos, que es lo sobresaliente! ¡Bajar la cabeza ante padres y maestros! ¡Ser previsor, ordenado y cajero con los buenos que son los dulces! ¡Aprender

a cantar con lo que interesa el color de la pelota y el grito libre!

Aquel niño tenía que ser obediente y asistía a una de esas exposiciones de tonterías que son las visitas.

Le habían llamado para exponerlo a unos besos de mal gusto que guardaba entre dientes una tía del pequeño, vieja y sudorosa; el tío no dejaría de besar al pequeño para herir la carne tierna con las leznas del bigote recortado.

Había en el salón otras gentes desocupadas que besaron al niño con premeditación, alevosía y frenesí.

La conversación giraba sobre temas tan amenos como el calor, la diferencia entre la temperatura de uno y otro verano, el servicio doméstico y las modas.

El niño se aburría porque no había aprendido las reglas de la vida de relación.

De pronto la conversación tuvo un silencio grave, y un personaje dijo, que el niño era muy vivo.

—Se parece a su madre—dijo la tía.

—Yo creo que se parece a su abuelo—objetó el tío.

El niño no pudo resistir más, y a cuatro gatas abandonó el salón.

En su mente se habían inscrito las palabras terribles.

—¡Se parece a su abuelo!

Dirigióse a una estancia inmediata, donde había un retrato del abuelo y miró con atención y curiosidad.

El retrato era un montón horrible de pelos: pelos en la barba y en el pabellón de la oreja; pelos sin fin y sin cuento; ojos de leopardo herido; nariz achatada; boca que era más bien una mueca...

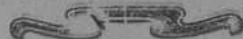
El pequeño salió de casa que era una quinta en el campo. La vía pasaba a pocos metros y pensó en suicidarse. ¡Parecerse al abuelo, parásito de escalafón, barbudo y apoplético, que había envejecido tras un tintero y llegó a la muerte aburrido, entre pliegos y balduque!

No valta la pena de vivir... Se mataría para no tener que parecerse al abuelo...

Y cuando iba a la vía para consumar su propósito, una doncella de instinto detectivesco, le detuvo, devolviéndolo a la cárcel. Al entrar en el salón, oyó que la concurrencia celebraba las buenas disposiciones históricas de su hermano mayor, cargado de premios y de anemia que recitaba con cierto candor pedante:

Libre España, feliz e independiente.

Le abrió el capitán sus frentes...



LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

por CASIMIRO GIRALT

VI

El debut

No era, como podría suponerse, una «españolada» más, destinada a perpetuar en el extranjero la tradición de la España de pandereta, la obra que la farándula barcelonesa llevó, primero a París; a Londres y a Manchester, después; por tierras de Oriente, más tarde.

El espectáculo, bueno, mediano o malo—no hemos de ser nosotros los llamados a juzgarlo—fué, sí, concebido con dignidad artística y montado con verdadera opulencia económica.

«País de Sol», revista en dos actos largos, divididos en multitud de cuadros, es por su colorido, por su diversidad, por su verdad topográfica e histórica, una exhibición fastuosa de postales ilustradas, ennoblecidas por el arte. El genio de dos pintores ilustres: César Bulbena, futuro maestro y gloria de la escenografía catalana y José Girbal, desventuradamente malogrado en a flor de la edad y de su producción artística; volcó sobre hasta una treintena de lienzos enormes, en orgía de color y de luz, en maestría de composición y de dibujo, en opulenta y maravillosa plástica, su visión personalísima y estética de las tierras españolas.

Y aparecieron sobre las telas, para regalo inolvidable de los ojos, palpitantes de vida, en succión de contraste y derroche de fantasía, las montañas azules de Vasconia, como llenas de románticas leyendas; las huertas lujuriantes de Valencia, borrachas de sol; las tierras pardas de Castilla de lontananzas muertas; el patio andaluz ubérrimo de flores, riente y parlante como boca de niño; el abrupto Montserrat sobre la llanura de almendros en flor; el hórreo asturiano sobre la pradera verde y oscilante; la solariega baturra con su zaguán de anchas losas graníticas y sus recios muros venerables; las mansas rías gallegas con sus húmedas nieblas temblorosas y el fondo plomizo de sus montañas; el Madrid romántico, con su Pradera, su San Antonio de la Florida en fiesta...

Si todo esto y cerca de seiscientos trajes regionales españoles, dibujados por el lápiz primoroso, que bien pudiera ser famoso de Giménez, y confeccionados en los magníficos talleres de Peris Hermanos, constituía el bagaje artístico de «País de Sol», en su parte espectacular, como obra teatral lírica se valoraba con las páginas más inspiradas y brillantes de la música española, hasta hoy, en una concienzuda y selecta recopilación bajo la férula artística de Conrado del Campo y de José Forn, los cuales, por otra parte, en una benemérita labor, habían enriquecido la copiosa partitura de la obra, hurgando en la entraña viva del más puro folk-lore español.

Los cuadros de línea suave y delicada, unos; de trazos fuerte y vigoroso, otros, se sucedían sin interrupción, deslizándose en escenas de estructura tan diversa como el poema, el idilio, el sainete, el drama y la tragedia.

En ellos asomaba el alma española con sus cantos y sus danzas, sus tradiciones y sus costumbres, sus músicas y sus lenguas.

Todo lo que de máspreciado e íntimo posee un pueblo, aparecía a los ojos del espectador, revelando su contextura espiritual y física, el tesoro inagotable de sus bellezas. Era, no la clásica «españolada» al uso, sino la exhibición de una España desconocida en el extranjero, diversa y múltiple, de calidades insospechadas e imponderables.

Las viejas nacionalidades españolas exhibían sus galas de novia, sus ropas de fiesta, y como gráficos vivientes de un programa federal ibérico, acusaban y exaltaban su derecho a una personalidad legendaria e indiscutible...

He aquí el título de algunos de los cuadros: Madrid 1800—La zambra trágica—Las montañas azules de Vasconia—La mort de l'escolá—Un drama en la huerta de Valencia—Una tarde de feria en Sevilla—La Fiesta de la Jota—Recuerdo de la España árabe—Una boda en Salamanca—La vuelta del emigrante—Els xiquets de Valls...

La compañía, numerosa, escogida. Los artistas, a los que amablemente, burla, burlando, hemos zañado en algunas ocasiones—justo es consignarlo en la hora del elogio—poseionados a conciencia de sus papeles, conseguían una maravillosa interpretación y un lucimiento personal envidiable. «Mujeres y Flores de España», podía en verdad, enorgullecerse de su elenco artístico. El, por sí sólo, bastaba a asegurar el éxito de sus representaciones.

En la noche del debut, llenóse el teatro de una concurrencia abigarrada y cosmopolita. Europeos establecidos en la capital, el cortísimo número de españoles también con residencia allí, turistas de todos los países del mundo, árabes de smoking y fez rojo, judíos de habla española, griegos, turcos; dramas de harén con sus velos transparentes unas, sus velos impenetrables, otras, ocupando palcos habilitados con espesas celosías; periodistas, artistas y agentes teatrales venidos de todo el Oriente al reclamo de la Compañía...

La expectación era enorme. Pocas veces se había usado de esta frase con mayor verdad. Por primera vez en Oriente, detenía su carro la farándula española y levantaba en él el tablado de la farsa. El público iba a conocer de España, lo que el turista no aprende jamás; la fisonomía espiritual de una raza, reflejada en sus tradiciones, en sus cantos, sus músicas y sus danzas.

Las melodías españolas iban a llenar la sala del teatro para irrumpir poco después triunfantes en la calle, en el cabaret, en el «hall» de los hoteles a la moda...

Las páginas musicales de los ingenios españoles más famosos, iban a sonar exóticas, pero irresistiblemente fascinadoras, en el oído de aquellas gentes extrañas y cosmopolitas. Triunfaría el schotis madrileño, malicioso, procaz, un tanto altanero, en el que la mujercita menuda y graciosa, prendido con donaire el mantón de fleco, amparada como un ídolo en los brazos del novio enamorado y fanfarrón, tiene como una mirada de reto en los ojos vivaces y una sonrisa de reina en los labios medio abiertos... Triunfaría la línea dulcemente melódica de las canciones catalanas, rebosante de misticismo y de melancolía, contrastando con la sardana, vigorosa y fuerte como hecha para ciclopes, como para ser bailada a

la vez al son de una sola tenora—el instrumento musical de mayor vigor—por todos los pueblos de la tierra catalana toda...

Triunfarían los plañideros cantos andaluces, en los que parece llorar, nostálgica, el alma de una raza ausente, y la misteriosa y fascinadora sensualidad de sus danzas en las que la bailarina, extrañamente poseída de su arte, sacerdotiza de ignorados ritos, enarca la figura grácil exultando voluptuosa las turgencias de su cuerpo o reduciéndolas a veces a la curva más delicada e imprecisa, al impulso de movimientos lentos o acompasados o como dominada por extraña y desconcertante vértigo...

Triunfarían los cantos gallegos de dulzura inefable, como acompasados por el lejano eco de sus montañas de leyenda y del manso rumor de sus rías soñadoras, como hechos para acunar al rapacioso dormido o para llorar con el alma la patria lejana... Y la jota aragonesa, fuerte, viril, triunfante, verdadera danza nacional, vigoroso himno de un pueblo en fiesta, con la alegría desbordante de sus gritos, la enardecedora cadencia de sus coplas y la agilidad indescriptible de sus bailarines...

Y triunfaría la grave melodía sacra de los cantares vascos, rebosante de mística unción, de ternura indefinible, austeros y solemnes unos; amorosos y pasionales, otros, como para ser cantados tras la celosía de un coro de albas novicias, como para ser dichos con el corazón oprimido del enamorado que espera la palabra de la moza, que había de hacerle feliz...

Y triunfarían finalmente, tantas otras melodías de la tierra hispánica, matices espirituales de sus razas; folk-lore el más rico y múltiple que puede ostentar pueblo alguno.

Y con las músicas, triunfó el espectáculo y triunfaron cumplidamente los actores y cantantes y la gracia insuperable de las bellas mujercitas españolas, toda intuición y temperamento artísticos.

En este aspecto la artista española lleva consigo y donde quiera que vaya el éxito más rotundo. Más que artista alguna de la tierra es: intuición y temperamento. Adviene la verdad estética y la vive con fogosidad no igualada. Su arte, por esto, más humano, más sentido, es gracia fascinadora. No lo sirve en bandeja de plata vestido con la pompa artificiosa de brocados y pedrerías; lo entrega, mejor que lo sirve, soberbio de sinceridad, de desnudez, envuelto en girones de su alma y humeante de la propia sangre hecha llamas...

El espectáculo de «Mujeres y Flores de España» merecía triunfar y triunfó cumplidamente en el «Kursaal Dalbany» del Cairo, como había triunfado gloriosamente otras noches memorables en «La Cigale», de París; el «Coliseum», de Londres; el «Hippodrome», de Manchester...

Los catalanes, por segunda vez, conquistaban Oriente y no al son de clarines, atabales ni fanfarrias guerreras. Conquistaban de Oriente lo que jamás el ejército más poderoso logró conquistar de país alguno, por el empuje de las armas: el espíritu de un pueblo.

Desde aquel día, la farándula barcelonesa llevaría cautiva, encadenada al carro de la farsa, la simpatía vivísima y entrañable de la capital de Egipto.